mos llevar la cuenta. ¡Es usted muy goloso, querido duque! ¿Y si le cogiera á usted la palabra?

—Cójamela usted.

Y, sonriente,

—No la cogeré yo á usted del cuello para recobrar mis perlas.

—Tranquilícese usted: mañana me atreveré á volver aquí para traérselas; pero después de las doce de la noche, luego de haber maravillado á todo el mundo en la Ópera.

—No haga usted esa locura; las envidiosas se cebarían en usted.

—¡Nada de eso! Dirán que tengo perlas falsas. Y eso me divertirá.

El duque había abrazado á la señorita de Armaillac. Ella se indignó á medias y le dijo:

—Eso está muy mal hecho. ¡Qué! ¿No me conoce usted?

—Vamos, vamos, mi querida soberbia, que apenas he llegado á los cabellos. Creía que era cosa convenida, una perla por beso.

Juana se sonrió.

—Entonces, ya es mía una parte del collar.

—Ciertamente. Y sepa usted que mi mayor dolor consistiría en recuperarle; porque se lleva usted mi corazón y mi collar, y al devolverme el collar no me devolvería el corazón.

—Frases, frases,—dijo Juana, ganando la puerta.

El duque la acompañó hasta el coche; tomándole la mano delante del estribo, apoyó en ella sus labios.

—Cuidado,—díjole la joven,—que con ésta son dos perlas.

—Sí, sí,—replicó el duque, volviendo á subir las escaleras del vestíbulo.—Pero la última es la que cuesta.

XXV

El collar de perlas

Eran las cinco y media de la mañana cuando la señorita de Armaillac volvió á su casa. Su madre dormía sin inquietud; no dudaba que Juana estuviera en lo sucesivo en guardia contra los enamorados. Por otra parte, la señora de Tramont habíale dicho que Juana se quedaría en su casa si el cotillón se bailaba demasiado tarde.

Naturalmente, la señorita de Armaillac no despertó á su madre para decirle que eran las cinco y media.

A las seis, no estaba acostada todavía.

Era, sin duda, un espectáculo encantador verla semidesnuda delante de un armario de luna mirándose y admirándose con el collar puesto. Vestida ó por vestir, nunca se había encontrado tan hermosa. Las jóvenes de veinte años no están, en su mayoría, en la flor de su juventud; los brazos son demasiado flacos y las manos demasiado encarnadas; los hombros no están llenos de carne como algunos años después. Pero la señorita de Armaillac pertenecía al corto número de las jóvenes que han entrado en la exuberancia de su belleza.

Así, desde el punto de vista del arte como desde el punto de vista del amor, debía ser un festín de los dioses ver á aquella hermosa joven de frente, de perfil y de espalda, como ella se miraba en los reflejos de la luna de su armario y la de la chimenea. Tenía movimientos adorables para cambiar el cuadro, tan pronto doblando la cabeza con aire provocativo como inclinándola con aire soñador. Tomaba todas las actitudes de la gracia púdica y la gracia desenvuelta. En su cuerpo no quedaba más que una camisa de batista, una nube transparente que pasara suavemente por el cielo. Y además, el nudo del cordón que retenía aquella prenda estaba tan flojo que uno de sus senos aparecía en toda su altivez radiosa, como el seno de Diana apareciose á Endymion por encima de los ramajes que la ocultaban.

De vez en cuando, Juana daba unos pasos, arrastrando adorables y diminutas pantuflas, más pequeñas que sus pies, porque, como ya dije, el único defecto de aquella obra maestra que se llamaba la señorita de Armaillac, eran unos pies y unas manos que pasaban con algunos milímetros de la medida ordinaria. Pero ¡cómo el contorno, la finura, lo atrevido de la curva de la pierna y el elegante dibujo de sus brazos hacían desaparecer aquel defecto imperceptible! Mas no era ni en su belleza ni en sus atractivos donde se detenía la mirada de la señorita de Armaillac: las trescientas perlas del collar eran trescientos ojos que la fascinaban; los diamantes despiden reflejos y deslumbran, las perlas tienen la dulzura voluptuosa de los ojos azules; la mirada es menos viva, pero más dulce. No sólo la señorita de Armaillac estaba cogida por los ojos, sino que lo estaba igual-

mente por la garganta y por el cuello. El collar se le rodeaba y le oprimía.

Como tenía mucha imaginación, no dudó que la leyenda fuese verdad; las perlas viven, pero no viven más que en un seno joven y bello. Es menester que una sangre generosa cubra de azul aquellas venas de mármol sonrosado. Juana sintió que las perlas del duque de Obáñez eran ya felices en su cuello; las tomó dulcemente en su mano y las besó.

—¡Oh, mis queridas perlas, cuánto os amo y cuánto me amaréis!

Pero una nube cruzó la frente de la señorita de Armaillac.

—¡Por desgracia,—exclamó,—no son mías! Y me costarían tan caras, que nunca tendría valor para llevarlas.

Pero, después de un instante de reflexión, se preguntó si tendría valor para devolverlas.

Hay algo de fantástico en las joyas. Un filósofo ha hablado de la malicia de las cosas; el que hable del alma de éstas no será ni más ni menos filósofo. ¿No tiene un libro amado alma como una casa, como un retrato? Trátese de probar á una joven que los diamantes, los rubíes, las esmeraldas, los ópalos, las turquesas y los topacios no tienen un alma, como en otro tiempo su muñeca. Besan aquellas piedras preciosas como si estuvieran vivas; al regresar del baile, las acuestan dulcemente en su estuche, como en una cuna. Y á las perlas las tratan aún mejor; no las acuestan, se acuestan con ellas; es el suyo el mismo sueño, las mismas agitaciones, las mismas pesadillas, los mismos estremecimientos.

La señorita de Armaillac se acostó con sus perlas, me engaño, con las perlas del duque de Obáñez.

Durmió hasta las once y con todas las embriagueces del sueño.

Al despertarse besó las perlas.

—¡Por desgracia,—dijo,—esta noche ya no las tendré!

XXVI

El «espejo de las alondras»

Aquel día, el duque de Obáñez escribió un lindo billete á la señorita de Armaillac, para decirle dulzuras y para llevar á cabo un acto de alta galantería, cerrando el sobre con una corona de diamantes.

Había siete de éstos, que le habían costado veinticinco mil francos.

La señorita de Armaillac encontró aquello del mejor gusto, pero quiso probarle que no le seducían tales extremos. Le respondió:

«Mi querido duque: Es usted de lo más galante; pero para probarle que prefiero los diamantes de su estilo á los de su estuche, he desmenuzado las siete piedras que echara usted en mi jardín y se las devuelvo en esta carta. No dirá usted que no tengo la tinta de la gran virtud.

»Hasta esta noche. Le estrecha la mano sin rencor

»JUANA»

En efecto, aquellas once líneas deslumbraban: la señorita de Armaillac había secado la tinta con el polvo de los diamantes.

El duque metió la carta en un estuche, después de escribir en él:

«Veinticinco mil francos de polvo.»

Pensó que Juana era una mujer digna de él.

—Hay ahí,—dijo,—un temperamento de reina... zurda. Pero si continúa de ese modo, todas mis alhajas desaparecerán antes que ella.

Se prometió no jugar de aquella manera con su «espejo de las alondras».

XXVII

Historia de una inocencia

Por la noche, cuando la señorita de Armaillac fué á las once y media, según había prometido, á casa del duque, éste aún no había vuelto. Pero una doncella, misteriosa por su silencio de estatua, salió á abrir la portezuela de su coche para acompañarla al salón, á aquel pequeño salón que tan bien Juana conocía y que podía llamarse el salón de las mujeres, no sólo porque allí se respiraba un vago olor de polvo de arroz, sino también por haber un espejo especial, jardineras, ramilletes, la *Vida parisiense* y todos los periódicos femeninos. Juana se paseó, miró las flores y se miró.

De repente oyó abrir una puerta.

—¡Ah! el duque,—se dijo.—Hace bien en no retrasarse, porque ya me iba á marchar.

No era el duque, era una joven, que, pálida como el yeso, entró en el saloncillo, poniéndose á mirar á la señorita de Armaillac, con aire asustado.

Juana notó que la joven era muy linda; la naturaleza en el arte, diez y seis años escasos, cabellos negros y brillantes, ojos azules, perfil rafaelesco y una expresión de ingenua que no ha aprendido la inocencia en el Conservatorio; ni alta ni baja, vestida como una modista; lo que llevaba encima podía haber costado noventa francos; no muy malo el sombrero, no muy malo el calzado; el labio superior, ligeramente remangado, parecía una coquetería de la naturaleza, puesto que descubría admirables dientes bajo un principio de sonrisa.

Poco tiempo bastó á la señorita de Armaillac para adivinar lo que la joven iba á hacer á aquella hora en casa del duque de Obáñez. Cuando un rico extranjero está en París desde hace algún tiempo, y aun desde hace mucho tiempo, la gran ciudad se torna serrallo para él; se multiplica para despacharle sus más lindas sultanas, ó sus más bellas odaliscas; no tiene más trabajo que el de tirar el pañuelo.

—¡Pobre joven!—murmuró Juana.—Late su corazón como el de una cómica el día de su presentación.

Volvió á mirar á la recién llegada, como para interrogarla.

—Siéntese usted, señorita; el duque no tardará en venir. ¿Piensa usted encontrarle aquí?

—¡Sí, señora! mi tía me ha dicho que el duque me esperaría esta noche á las once.

Después de una pausa, Juana aventuró otra pregunta.

—¿No se habrá engañado su tía de usted? ¿No sería á las once de la mañana y no de la noche?

—¡Oh! no, señora; mas si la señora también es aguardada, me iré y volveré mañana.

—No, no se me espera; no detendré al duque sino cinco minutos, después de los cuales se hallará á disposición de usted. Pero es usted muy linda para permanecer á solas con él á las once de la noche. ¿No tiene usted miedo?

Juana se admiraba de atreverse á hacer aquellas preguntas.

La joven alzó los ojos hacia la señorita de Armaillac, como para preguntarle con qué derecho la interrogaba de aquel modo; pero se sometió á la voluntad de Juana y respondió dulcemente:

—No, no tengo miedo.

Y con voz ahogada,

—Pero no vengo por divertirme.

—Eso se ve en seguida, señorita. ¿Hace mucho tiempo que conoce usted al duque?

—No le conozco; parece que él me ha visto en casa de una señora amiga suya á quien un día fuí á llevar un sombrero.

—¿Quiere, según eso, que le haga usted los suyos?

La joven se ruborizó.

—No es mi intención ofender á usted, señorita.

—Y hace usted bien, señora, porque no soy lo que usted cree; así es que no hay que quererme mal, porque vengo aquí bien á pesar mío.

—¡Yo querer mal á usted! La encuentro encantadora y siento por usted viva simpatía.

La modista pareció dar las gracias á Juana con una dulce mirada.

—Mire usted, señora: la pobreza es una mala es-

cuela. No hablo por mí, porque yo no necesito todos los bienes del mundo para vivir. A Dios gracias, gano lo que me como; mi ama me da treinta francos mensuales. Con esto como mal y vivo en mala habitación; pero es igual: otras hay que no poseen tanto y no piden limosna.

—El duque tiene buen corazón.

—Eso me han dicho; por eso vine.

—¿Y ha venido usted sola?

—Con mi tía, que me espera en un fiacre.

—¿Qué es su tía de usted?

—Es la hermana de mi madre.

—Lo creo.

—No es eso lo que quiero decir. Como cuando llegué á París fuí á parar á casa de mi tía, mi madre nos ha escrito que estaba en un grande apuro; sus muebles han sido vendidos, y se le amenaza con venderle su casita, por haber firmado por mi hermano, que es un mala cabeza.

—¡Ah, sí! Comprendo. Y el duque ha de salvar la casa de su madre de usted.

Sin querer, indudablemente, la modista hizo un juego de palabras.

—Sí, la casa se salvará, pero yo me perderé.

—¡Ah! ¡Si yo fuera rica!—pensó Juana.

Preguntó á la joven cuánto necesitaba para pagar las deudas de su hermano.

—Mi madre estaba loca, señora. Imagínese usted que ha firmado por once mil francos en billetes.

—¿Y espera usted del duque once mil francos?

—Once mil no, pero sí diez mil.

Y la modista añadió á media voz:

—He ahí un dinero que me costará caro.

La señorita de Armaillac la oyó.

—¿Quién sabe,—pensó,—si esta pobre joven, que viene aquí á sacrificarse, no ha tenido ya amantes?

Se acercó á ella y hablóle de su arte de hacer sombreros. Le prometió ser su parroquiana. Le dijo que era necesario que el duque la diese veinte mil francos, diez mil para su madre y diez mil para ella establecerse de modista.

—Sí,—dijo la joven,—aun cuando el oficio no sea tan bueno como parece. Mire usted, señora: en los sombreros, como en los vestidos, no hay más que tres ó cuatro casas que hagan negocio; tres ó cuatro casas que venden al día cientos y miles.

En aquel momento, el duque se anunció por el rodar de su carruaje en el patio del hotel.

—¡Oh, Dios mío! ¡Segura estoy de que es el duque!—exclamó la modistilla.

Su corazón latía con más fuerza, su rostro estaba más pálido. Muchas otras, en su lugar, hubiéranse alegrado de ir á probar fortuna en aquel hotel maravilloso, con un grande de España acostumbrado á todas las prodigalidades. Pero Juana veía bien que aquella joven alma no se dejaba seducir por el lujo ni por la curiosidad; no era todavía una hija de Eva, aun no había salido del círculo de la vida familiar para aventurarse en el primer círculo de la vida amorosa.

XXVIII

La señorita Aubepine

Juana avanzó al encuentro del duque.

—Querido amigo,—le dijo,—no se puede venir á su casa de usted sin encontrar en ella mujeres. Hay ahí, en el saloncillo, una joven muy linda que le espera.

—¡Ah! sí, una modistilla,—dijo el duque, que no la había olvidado por completo.—Es una modistilla á quien llaman Aubepine, porque es blanca y primaveral.

—No vaya usted tan aprisa; tengo un favor que pedirle.

—Concedido,—dijo el duque en un instante de aturdimiento.

—¿Me jura usted que hará lo que le pida?

—Sí, si no me pide que la ponga á usted á la puerta.

—Pues bien, querido duque: le cojo á usted la palabra; á quien va usted á poner á la puerta es á Aubepine.

El duque pareció reflexionar.

—Eso no es jugar, amiga mía; á menos, sin embargo, que ocupe usted su puesto.

—¡Oh, no! Me ha prometido usted no hablarme nunca de amor.

—Entonces, ¿á qué despoblar mi hotel? Ya le he dicho á usted que tengo miedo de noche á los fantasmas cuando estoy solo.

—Pues bien, ¡por mi alma y por la de usted, le juro que no tocará usted á esa joven!

—¿Qué le importa á usted eso?

—¡Oh! Dios mío, no soy celosa, y no pienso en mí en este asunto; atiéndame usted, señor duque: usted es un hombre galante; se le entrega á usted esa joven porque le da usted diez mil francos...

—Parece que está usted bien informada.

—Lo sé todo; esa joven se sacrifica por su madre; dele usted los diez mil francos y no la toque. Experimentará usted, si lo hace, más placer.

El duque tomó la mano de la señorita de Armaillac.

—Habla usted como Octavio de Parisis: «Se ha de pagar á las mujeres por sus virtudes, no por sus vicios».

—Esa es su opinión de usted como es la mía.

—Por la mañana, pero por la noche no tengo opinión, sino que todas las mujeres son buenas para el caso. Además, es necesario que viva todo el mundo, hasta las cortesanas. Pregunte usted á los hombres políticos.

—Pregunte usted á don Juan.

—En fin,—dijo,—no tengo más que una palabra. Dé usted libertad á ese pájaro azul.

Estaban todavía en la antesala. El duque arrancó una hoja de papel del librito en que se inscribían sus amigos, tomó una pluma y firmó un bono de diez mil francos contra la casa Rothschild.

—Tome usted,—añadió, dando la preciosa hoja de papel á Juana.—Cumplido está el sacrificio.

La señorita de Armaillac se arrojó á su cuello y le abrazó.

—Tres perlas,—dijo el duque.

—En seguida hablaremos del collar. Lo que acaba usted de hacer es digno de un buen hombre.

—Sí,—dijo él,—porque esa muchacha es una obra maestra de belleza. Pero tranquilícese usted, soy más virtuoso que usted piensa. Me gusta perseguir. Nunca tomo mujeres que se dan. Lo que me gusta es lo imprevisto y lo imposible: no hubiera tocado á esa joven.

—Le permito á usted que la abrace cuando pase por aquí.

—No, abrácela usted en mi nombre; yo no corro nunca detrás de mi dinero.

XXIX

Un himno á la virtud

¡Juana resplandecía! Corrió al saloncito y abrazó á la modistilla antes de hablarla.

—Querida niña,—le dijo,—he salvado su alma de usted; pero júreme que me visitará siempre que corra peligro.

La muchacha no comprendía y no contestaba. La señorita de Armaillac le dió el bono de diez mil francos.

—Ahí tiene usted los diez mil francos del duque;

desconfíe de su tía y lléveselos usted misma á su madre.

La joven abrazó á Juana con vivísima efusión.

—¡Oh, señora, cuánto la amo á usted! ¡Y yo que le tenía miedo!

—Váyase usted, hija mía, y Dios la guarde. Visíteme con frecuencia.

La señorita de Armaillac acompañó á la modistilla hasta el vestíbulo, diciéndole dónde vivía.

El duque saludó á la virtud que pasaba por delante de él.

Y cuando la puerta se hubo cerrado tras de la muchacha,

—¡Es sorprendente!—dijo.—Estoy tan contento como el día que no voy al teatro después de alquilar un palco.

—Mire usted, mi querido duque, el deber es un sacrificio, pero el sacrificio es una alegría del alma, porque es un paso hacia el cielo.

—Confieso á usted que no me inquieta mucho ese país. No fué por mí, sino por la chiquilla, sino por usted, por quien puse freno á mi pasión.

—Es usted un estoico. Hace usted el bien por hacerle.

—Soy un filósofo de Sibaris. Creo que la naturaleza me ha convidado á todas las fiestas...

—Querido amigo, si usted hubiera visto la palidez y la emoción de la pobre niña, no hubiera negado la fuerza de la virtud.

—Pero la virtud está en mi presencia. ¿Quién tiene más derecho que usted, Juana, á llamarse la virtud?

La señorita de Armaillac se volvió para ocultar una lágrima.

—La virtud que he salvado,—pensó amargamente, —no es la mía.

Se pasearon un poco, hablaron luego.

—¿Por qué esa inquietud en su frente?—preguntó de pronto el duque.—¿No es usted aquí sagrada é inviolable, mi querida Juana?

—Sí,—dijo ella, esbozando una sonrisa;—inviolable y sagrada.

Aventuróse el duque á probarle que no creía mucho en aquellos dos adjetivos; pero como, la víspera, Juana fuese inatacable, no porque quisiera hacerse pasar por estatua de Diana ó de Juno, sino por el arte con que supo atemperar los deseos del duque con una palabra glacial ó con una carcajada, dábales algún crédito. Así es que sentía que cuanto más avanzaba hacia ella más desesperaba de alcanzarla, lo cual le irritaba mucho, pues adivinaba su aventura con el señor de Briançon. Naturalmente, su gusto era demasiado refinado para hablarle de esto último ni aun lo más indirectamente; por otra parte, conocía demasiado á las mujeres para no saber que la que se ha dado una vez no se consigue por esto más fácilmente.

Si hubiera cometido la necedad de recordar á Juana su primer pecado, su causa hubiese estado perdida para siempre. Y él amaba á la señorita de Armaillac.

No la amaba con toda la pasión triste de Marcial, que desde hacía algún tiempo amaba á Juana á causa de Juana, pero también á causa de Margarita Aumont. La viva se había adornado para él con todas las poesías de la muerta. Había amado á las dos mujeres, y aquellos dos amores habíanse unido, formaban uno. Dios sabe si el corazón le latía al oir el nombre de Juana. Todo el pasado estaba allí para él, que no veía otro porvenir.

El duque de Obáñez se había imaginado que aquella noche triunfaría de la señorita de Armaillac; mas en vano sitió aquel extraño corazón, con todos los ataques conocidos y desconocidos, desdeñoso y suplicante, burlón y desesperado, cambiando de táctica á cada momento, siempre imprevisto y siempre irresistible: ella le resistía.

La razón triunfó también aquella vez. Y Juana se marchó como había ido.

La señorita de Armaillac había depositado el collar de perlas en uno de los vasos de pórfido de la chimenea, con la lealtad de la mujer que no quiere venderse, porque no quiere darse; pero al siguiente día por la mañana, el grande de España le devolvió las perlas en una cajita japonesa que encerraba además esta carta:

«Señorita, esas perlas se fastidian en mi casa hasta morirse; no tenga usted la crueldad de rechazarlas, de arrebatarlas de su cuello, donde tan bien están. Beso sus uñas sonrosadas.»

Juana hubiese tenido valor para devolver la caja si no la hubiera abierto; pero en cuanto volvió á ver sus queridas perlas, las besó y se las volvió á poner.

Su madre, que entró en la alcoba en aquel momento, le dijo entonces que hacía mal en adornarse con «perlas falsas»; pero se confesó á sí misma que su hija estaba bella con aquel collar. Era una mujer llena de ilusiones. Había vuelto á dar su confianza á Juana y no tenía inquietud alguna, aun cuando Juana saliera todas las noches.

—¡Pobre madre mía!—pensaba Juana.—Cometería la locura de entregarme otra vez, pero no me siento con valor para engañarla nuevamente.

XXX

La tristeza de los don Juan

El lector conoce bien el carácter del conde de Briançon. Sabe que en aquel corazón pervertido hay la semilla de don Juan. Después de haber amado á dos mujeres á la vez, ama á una: la señorita de Armaillac es siempre su sueño desvanecido. Ha mantenido la mano encima de su ideal, ha estrechado su dicha entre sus brazos. Pero esto no es más que la niebla de Ixio; su corazón sufre por haber perdido á un tiempo dos mujeres adorables: Margarita Aumont ha muerto para él; Juana de Armaillac vive; pero ¿qué hace de su corazón? Un velo de melancolía cubre de sombra aquel rostro tan alegre. Aquel hombre que reía sin cesar, sonríe todavía con la sonrisa del escéptico; mas ¡qué amarga expresión de tristeza en el extremo de sus labios!

Un alma más viril buscaría ásperos consuelos, un hombre tres veces hombre se reanimaría en el trabajo y el deber. Pero él es más bien un hombre tres veces mujer. Se ha afeminado corriendo en busca de aventuras, jamás se detendrá. Será necesario que la mujer le consuele de la mujer. Pero ¿dónde encontrar

la mujer que consuela, cuando se ha perdido la mujer que encanta? Marcial nos decía un día, en la Ópera, que pasaba el tiempo buscando en vano. En el mundo, nada había encontrado que le recordara, ni aun remotamente, á la señorita de Armaillac; en el «demi-monde», era todavía más difícil encontrar una Margarita Aumont. Ésta, como decía él mismo, había esparcido en su vida un dulce perfume de violeta y lilas, las verdaderas flores de la juventud. En vano había buscado entre todas las amigas de su querida una mujer que tuviera algo de su encanto; no había encontrado más que criaturas ocupadas de sí mismas, hablando del amor como quien no conoce otra cosa que el oro. Recordaba que la pobre Margarita había hecho prodigios á fin de que entre ellos no se hablase nunca de dinero.

Mientras tanto, como no era él un hombre que llorase en las soledades por las mujeres que no tenía, cierta mañana, conforme se dirigía al Bosque, detuvo su caballo al ver que por la avenida de los Campos Elíseos atravesaba una muchacha que era un milagro de belleza en la frescura de sus diez y ocho años.

Viendo que el caballo se detenía, la joven alzó los ojos, luego siguió su camino, después de semiesbozar una sonrisa.

Y él, en lugar de ir al Bosque, volvió bridas, de modo que el caballo y la joven bajaron los Campos Elíseos al mismo paso.

Cien veces, en sus paseos de por la mañana, la linda joven había sido seguida por hombres de todas las edades y de todas las naciones, sin dignarse, por otra parte, contestar á sus provocaciones, sin escu-

char, como ella decía, ni con los ojos ni con los oídos.

Pero, si había desdeñado á los hombres de á pie, la halagó que le siguiera un hombre á caballo.

Cuando llegaron á la plazoleta, la joven pudo perderse bajo los árboles, plantando allí al conde de Briançon; pero le pareció que no debía desanimar á aquel paseante matinal.

Siguieron andando al mismo paso, ella por la acera, el caballo por la arena, cubriendo el ruido del casco el chirriar de la botina.

Marcial, que había empezado por idólatras ojeadas, buscaba en vano frases elocuentemente concisas, para bien demostrar su admiración, ¡qué digo!, su adoración, porque se había prendado súbitamente.

—En verdad,—se decía,—se parece á la vez á Juana y á Margarita.

Era esto una ilusión; pero el alma vive de ilusiones.

Frente el teatro Folies-Marigny, aventuró una palabra.

—Señorita, ¿cómo se atreve usted á salir sola?... ¿cómo no ha sido usted víctima de un rapto?

La joven pareció no oir y sobre todo no comprender.

Pero Marcial no era hombre que abandonase el juego sin haber perdido ó ganado.

—Señorita, ¿por qué se levanta usted tan temprano?

La joven, que no quería responder, dejó escapar estas palabras:

—¡Tan temprano! Aun llegaré tarde.

—¿Quiere usted subir á la grupa, señorita?

Ella sonrió.

—No sería la primera vez; pero ¡qué figura tan rara haría usted si le cogiese la palabra!

—Tal vez,—dijo el conde riendo.—Pero, ¿por qué llegará usted tarde, señorita? ¿Le espera á usted su novio?

—¡Mi novio! A Dios gracias, no sé qué es eso.

—Entonces ¿por qué no permanece usted aquí? Estos Campos Elíseos, en una mañana del mes de mayo, son el paraíso; París es el infierno. ¿A dónde va usted?

—Voy á casa de la señora Ode, que me espera para ir á llevar un sombrero.

—¿Y todo eso á pie?

—¡Diantre! ¿Cree usted que las modistas van á caballo?

Él y ella echáronse á reir.

—Se ha reído; está desarmada,—pensó Marcial.

Y, echando pie á tierra,

—Señorita, es usted encantadora,—dijo á la muchacha.

Ésta, seguía andando; pero él la detuvo.

—No está bien hecho lo que hace usted. ¿No somos compañeros de viaje?

La joven se detuvo para charlar un poco. Encontraba el caballo hermosísimo, aun no había mirado de frente á Marcial. No hizo remilgos para decirle que vivía en la calle de Galileo. Iba todas las mañanas á pie hasta la calle de Rívoli, para regresar todas las noches en ómnibus. Si llevaba sombreros á domicilio, era porque tenía más gusto que las otras para probárselos á las parroquianas de la señora Ode.

Díjole Marcial que si quería ir á la calle del Circo, número..., le encargaría algún sombrero; mas la mu-

chacha no quiso creer en aquella «cliente». Notó el conde que era menester no precipitarse. No quería, por otra parte, ser cogido en flagrante delito, porque había muchos paseantes en la avenida. Se le podía señalar en el mundo como perseguidor de mujeres... á caballo.

—Hasta mañana,—dijo, volviendo á montar.

Sin trabajo adivinarán nuestros lectores que al día siguiente, de madrugada, se encontraba en la esquina de la calle de Galileo y los Campos Elíseos.

La joven se presentó á eso de las ocho menos cuarto, es decir, con quince minutos de retraso, lo que á él le pareció mala señal.

A los dos les latía el corazón. La joven había soñado con él y con su caballo; él había soñado que se la llevaba á la grupa á través de todos los peligros, la madre llorando con los brazos elevados hacia el cielo, la hermana gritando porque no se la llevaba también á ella.

Marcial notó que la joven iba mejor arreglada que la víspera.

—¡Mía es!—dijo.—Quiere ser más bella; está perdida.

Quiso hablarla; pero ella le dijo, pasando delante:

—Cuidado; por aquí se me conoce.

Hasta llegar á la calle de Alba no consintió en ir á su lado.

Mucho tiempo hacía que el conde de Briançon no era tan feliz. Sentíase dos veces en el pasado; el mes de mayo sonriente y los diez y ocho años de la joven, que eran otro mes de mayo.

Marcial tenía demasiado talento para permitir que la conversación decayera. Divertía á la linda madrugadora con palabras imprevistas, tan pronto apasionadas como burlonas.

La joven se preguntaba si había de tomar aquello en serio; tenía miedo de ser demasiado amada ó de no serlo bastante. Los extremos inquietan á los jóvenes corazones. No se llega á las grandes pasiones sin haber pasado por las pasiones concentradas.

Marcial no podía creer que la modista fuese digna de la corona de pureza. Y lo era, no obstante, y tanto más cuanto que había resistido á las más galantes proposiciones con todo el egoísmo de la virtud.

Cuando llegaron á la plazoleta, Marcial quiso convencer á la joven de que se moría de hambre, para arrastrarla al Pequeño Molino Rojo, donde ambos se desayunarían rústicamente.

—La verdad es que sí que tengo hambre,—dijo ella sencillamente.—Imagínese usted que me he levantado á las cinco de la mañana para lavar mi traje de los domingos.

—Decididamente, es usted un ángel.

—¡Oh, no tanto!

—Sí, un ángel, no retiro una letra.

La modista se dejó llevar al Pequeño Molino Rojo.

No estaba en el desayuno y no vi la lista de éste. Y, por otra parte, ¿se había puesto en la carta todo lo que se devoró?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

XXXI

El espectáculo del escenario y el del proscenio

Lo que está fuera de duda es que tres días después se esparció por París—quiero decir por el Todo París—la noticia de que el señor conde de Briançon tenía una nueva querida que había sacado no se sabe de dónde. Era la juventud, la belleza, el talento, el encanto, la distinción, la gracia, la dulzura, todas las virtudes de la mujer perfecta... imperfecta.

Así es, que el domingo, en las carreras, la modista fué devorada con los ojos, en una linda victoria arrastrada por los dos caballos negros de Marcial.

El ruido fué tan grande en el «demi-monde», que llegó á oídos de la señorita de Armaillac. Ésta supo que el conde de Briançon se mostraba en todas partes con una nueva querida, más bella, se decía, que Margarita Aumont.

Aquel rumor, que llegó á oídos de Juana, ¿fué derecho á su corazón?

Una noche, en un extremo del Vaudeville, estando con la princesa Carlota en un palco proscenio de la derecha, vió aparecer en el de enfrente una figura conocida, pero tan metamorfoseada que no podía reconocerla.

—¡Qué linda es,—díjole la duquesa,—aquella joven que acaba de entrar en aquel entresuelo!

Comenzó la función; mas para la señorita de Armaillac ésta se encontraba en el proscenio.

La joven aquella no había entrado sola. Un hombre la había seguido; pero se ocultaba tan bien en el fondo del palco que era imposible ver su rostro.

Cuando devolvió sus lentes á su amiga, Juana se estremeció; un vago recuerdo conmovió su corazón.

Poco á poco, cual si aquel hombre hubiérase animado, salió más á la luz, de tal modo, que Juana exclamó de repente:

—¡El señor de Briançon!

Él era, en efecto; pero al reconocer á Juana volvió á internarse en la sombra, como si no quisiese que se le viera.

—Mire usted bien,—dijo Juana á la princesa.—¿No es aquél el señor de Briançon?

—Sí,—dijo la princesa;—pero no quería decírselo á usted. ¿Acaso es aquélla su querida?

—Supongo que no será su hermana,—respondió la señorita de Armaillac.

—Pues,—añadió la princesa,—no debe censurársele, porque es lindísima. La belleza es siempre una excusa.

Juana dirigió el lente hacia la mujer que estaba con Marcial.

—Lo más extraño,—dijo,—es que decididamente no me es desconocida esa joven.

Buscaba, buscaba...

Mientras tanto, la que estaba con Marcial se aclimataba con mucho abandono en el palco.

Las mujeres nunca se admiran de la fortuna ni de la buena fortuna. Parece que con la leche maman las costumbres del lujo. El hombre, por el contrario,

parece haber olvidado que fué blandamente mecido en el seno de su madre ó de su nodriza. En algunos días, la querida de Marcial habíase ido metamorfoseando sin que la cosa le sorprendiese. Era para ella lo más natural del mundo vestir su belleza con lindos trajes, ir al Bosque en una victoria arrastrada por hermosos caballos, estar en un estreno en un proscenio, con flores y bombones, en compañía de uno de los hombres más á la moda.

Así es, que había que ver qué buena figura hacía en el palco.

Y buena figura había de hacer siempre en la vida extramundana, fuese cual fuera el proscenio.

Había encontrado la horma de su zapato, cosa que no sucede nunca á las mujeres.

—¡Oh, Dios mío!—dijo de pronto la señorita de Armaillac, asiendo del brazo á la princesa.

—¿Qué tiene usted?—preguntó la bella Carlota, interesada en el espectáculo del escenario y no en el del proscenio.

—¡Que qué tengo! Figúrese usted, querida, que aquella mujer que ve usted allí, aquella mujer que es la querida de Marcial...

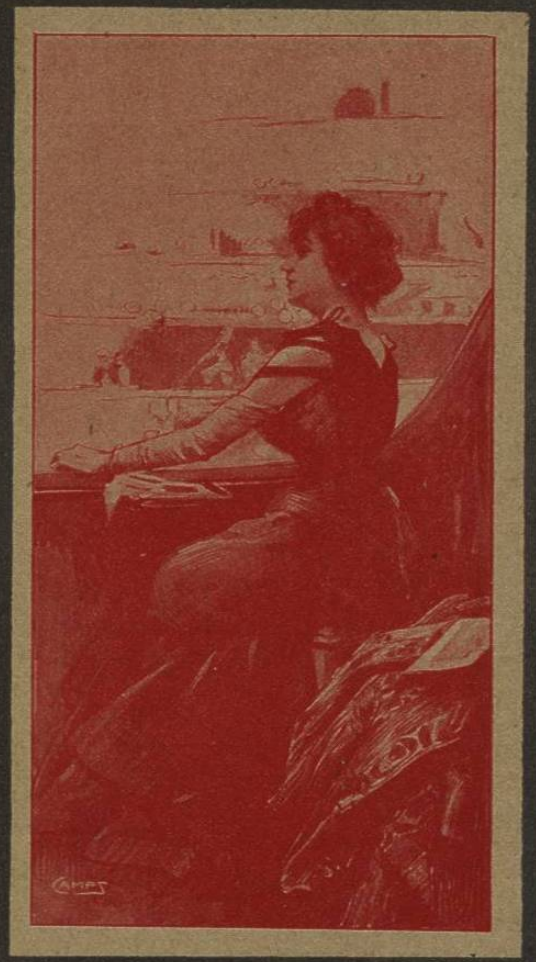
—¿Qué?

—Pues bien: aquella mujer es la señorita Aubepine, una muchacha á quien yo salvé de los brazos del duque de Obáñez.

—¿Qué de más natural?—dijo la duquesa.—Menester era que la virtud fuese recompensada y que su buena acción de usted se tuviera en cuenta.

Y la princesa siguió mirando el espectáculo del escenario.

Juana, que sólo veía el proscenio, le contaba cómo



la jovenzuela había hecho traición á todas sus creencias en la virtud, cómo obtuviera del duque de Obáñez diez mil francos, para aquella chiquilla que habíale dado las gracias con lágrimas de alegría.

—¿Creería usted, querida amiga, que esa muchacha me había jurado que recurriría á mí siempre que su virtud corriera algún riesgo, porque yo quería darme el lujo de salvar á una mujer? Pues bien: ahí la tiene usted en brazos de...

Poco faltó para que la señorita de Armaillac añadiese: «de mi amante».

—Y ¿qué le importa á usted eso?—dijo la princesa, ya impaciente.

Juana bajó la cabeza.

—Es verdad,—murmuró ocultando su corazón.

XXXII

Juana y Aubepine

Aubepine era una muchacha novelesca. Su viaje nocturno al palacio del duque había sido un suplicio para ella; si hubiera encontrado al de Obáñez en la avenida de los Campos Elíseos como encontró al señor de Briançon, la hubiera indudablemente seducido aquél cual éste, porque en el caso había novela; pero, por hermoso que hubiera sido, no habría querido convertirse en su querida, «porque aquello era cosa acordada».

Así es, que estaba permitido creer que Marcial no era el primer novio de Aubepine; ésta no había llegado á los diez y ocho años, corriendo por París desde por la mañana hasta por la noche, sin tener novelescos encuentros todos peligrosos.

Pero puede afirmarse que era la primera vez que amaba con el corazón y con la cabeza. Marcial era bello, espiritual, encantador. Si no tenía mucho dinero, siempre encontraba lo suficiente para que su querida contara con un lindo nido, un lindo carruaje y un lindo vestido.

Aubepine no pensaba en el mañana; no quería vivir sino al día. Nada le faltaba, pues, con Marcial. Los verdaderos enamorados no atesoran.

El señor de Briançon no había podido prendarse de Aubepine como ésta se había prendado de él. Ella le amaba con todas las fuerzas de su alma, mientras que él no la amaba, por así decirlo, sino al través de la señorita de Armaillac. El primer día, fué aquello en él un capricho; cogió aquel ramillete de juventud como se coge una flor para ponérsela en el ojal, un tanto vanidoso de la belleza de Aubepine, mas no creyendo que aquella distracción de un día sería la distracción de un año.

Muchas veces había querido romper; mas ¿cómo acabar con una joven que tiene para uno la eterna sonrisa, que canta como un pájaro, que no pide otra cosa que ser amada?

Puesto que la señorita de Armaillac no había querido oir hablar de él, necesario era que para de nuevo continuar en la vida amorosa se valiese de aquella linda rama perfumada.

Y así había pasado el tiempo. Sabido es, por otra

parte, que lo que más faltaba á aquel carácter flotante era la voluntad, mejor dicho, que no tenía voluntad sino de amar. Amaba mucho á la señorita de Armaillac, amaba algo á Aubepina. La pasión terrible, profunda, trágica, que le atormentaba por la primera, le impedía ver bien lo que sentía el corazón por la segunda; no era hombre, por otra parte, que analizara sus sentimientos, porque veíase arrastrado por los cuatro caballos de la juventud.

Verdad es que los más sabios analistas se asemejan mucho á aquel extraño holandés que, habiendo comprado por veinticinco mil francos un cuadro de David Teniers, le descompuso, es decir, arrancó el glacis, raspó los colores, tratando de colocar en su paleta, por separado, todos los tonos, para decir, cuando hubo acabado su trabajo á varios amigos: «—Ahí tenéis veinticinco mil francos de rojo, de blanco, de negro, de azul, de amarillo», obteniendo esta respuesta de uno de ellos: «—Es verdad; mas para volver esos colores á su sitio necesitamos á Teniers». Bueno, pues los analistas del corazón humano se parecen mucho á este loco: pueden poner en su paleta blanco, rojo, negro, azul, amarillo, pero les falta alguien para dar vida á estos colores; y ese alguien es Dios.

Bien es verdad que Marcial no perdía el tiempo buscando lo que había en su corazón; mas lo sentía. Aquellos dos irresistibles amores por Margarita Aumont y por Juana de Armaillac habíanle convencido de que el hombre más resuelto no es dueño de sí mismo cuando la pasión se apodera de su alma.